

ÉI

Autora: Miriam M. González-Hernández

Del libro: Calez y otros espejismos

Cuando llegué al hotelucho indecente estaba empapada de sudor. De ese sudor agrio que gusta correr por mi cuerpo torneado. Al llegar justo a la habitación me detuve por unos segundos para recorrer con mi pañuelo mi pecho humedecido y firme, mi cuello largo y suave. Sabía que él estaba, como siempre.

Al abrir la puerta de la oscura habitación me detuve en el umbral hasta que los interruptores eléctricos me permitieron ver su silueta. Sus largos brazos color caoba se movieron suavemente. Supe que sus brazos pronto me transportarían a lugares hermosos, donde olvidaría el hotelucho indecente, la calor del trópico y mi propósito en aquella dichosa habitación.

Necesitaba que aquellos brazos me envolvieran, que rasgaran mis vestimentas como tantas otras veces, que aliviaran mi calor, mi sudor... Comencé a acercarme a la cama vacía y me dejé caer, como siempre.

Entonces sentí sus brazos, sus fuertes brazos color caoba, mover sin permiso mi incitante falda, mi endulzada blusa, mi sedoso cabello, mi alma. Lentamente me fui ausentando de la realidad y, entonces, le agradecí a la tecnología la invención del abanico.